

///

En este episodio de Generación '94 estamos con Juan Pablo Cafiero, que fue convencional constituyente por la provincia de Buenos Aires por el Frente Grande, una de las fuerzas que adquirió mucha solidez en ese momento y fue clave en los años posteriores. Juan Pablo además fue diputado nacional, ministro de Desarrollo, embajador en el Vaticano. Gracias Juan Pablo por el tiempo. ¿Cuántos años tenías en el '94?

Sí, con todo gusto. En ese año tenía 41 años.

Sos hijo de Antonio Cafiero y en ese momento estabas en el Frente Grande. Entonces antes de arrancar, primero quiero entender un poco el proceso tuyo de pasar del PJ al Frente Grande.

Bueno, nosotros siempre nos definimos como peronistas, siempre ha sido nuestra definición fundamental ideológica. Nuestra militancia había sido toda la vida dentro del justicialismo y del Partido Justicialista. Cuando llega la década del '90, se produce una serie de acontecimientos, que avalados en ese momento por el Partido Justicialista, no nos dejó más remedio que emprender nuestra propia vía y nuestra identificación llevarla por otros canales partidarios. Los acontecimientos fundamentales fueron lo que impregnó una época económica con un neoliberalismo, bastante parecido a lo que sucede ahora en algunos aspectos, pero digamos que ahora es más abrupto y más desprolijo que en aquel entonces que fueron toda una novedad los mecanismos que se habían puesto en marcha. Cuando se le entrega la economía por el doctor Menem a un grupo de empresas, primero al grupo Bunge & Born para que manejara la economía, eso estaba muy lejos de lo que nosotros aspirábamos. Siempre pensábamos en ese modelo de Perón en que la Economía la manejara un empresario y que al ministerio de Trabajo lo manejaran desde el movimiento sindical. Esa idea que la inició Perón con Miranda fue exitosa porque eran empresarios nacionales, pero nunca pensamos que se la iban a dar a una transnacional y desde ahí se iban a impregnar una gran cantidad de decisiones económicas que eran básicamente una era de privatizaciones sin control, a cualquier precio, en una acción muy desesperada por la obtención de divisas por el Banco Central, se había salido de una hiperinflación y se entraba en dos hiperinflaciones. Nosotros considerábamos que ese no era el método para tratar los problemas sociales que estaba generando la licuación de activos, salarios y jubilaciones en ese momento. Eso fue en el contexto de lo que nosotros planteamos como una alternativa propia para la cuestión económica. Lo otro fue el tema de que no estábamos en condiciones de acompañar los indultos presidenciales que entendíamos que era una forma de clausurar un proceso histórico que no tenía ninguna necesidad de producirse en ese momento, no había un hecho externo que obligara a pensar que esa era una decisión, evidentemente hubo presiones, salió ese esquema y bueno, cuando empezamos a dar el debate interno dentro del Partido Justicialista, encontramos que había un fuerte apoyo a estas decisiones. En ese momento la Dirección apuntaba a consolidar lo que el presidente Menem entendía como viable para su propuesta política. Desde ahí que primero se fundó el Grupo de los Ocho, éramos ocho legisladores, Ramos, Darío Alessandro, Moisés Fontela, Franco Caviglia en la provincia de Buenos Aires, en la Capital "Chacho" Álvarez que después terminó siendo la cabeza de la fuerza política, Germán Abdala que terminó siendo referencia del movimiento sindical que luego se dió, y bueno, con esa base se creó este movimiento de diputados. El disparador no fue este conjunto de cosas, siempre el disparador es un acontecimiento, algo que irrumpe, fue justamente la privatización de la empresa de telefonía

estatal, Entel. Había salido a la venta por un precio vil, no existía, nosotros pensamos que había un error en el número y fuimos a consultar a las autoridades del gobierno y de nuestro bloque y no, nos dijeron que era así, que así iba a ser el proceso. Entonces cambió la base de cálculo para la venta de la empresa Entel, porque eso no podía pasar ningún filtro razonable. Nos parecía totalmente irracional lo que se estaba haciendo y ahí fue cuando nosotros presentamos un pedido de informe al Poder Ejecutivo. Era un gobierno que recién llegaba y el primer pedido de informes que se producía era de su propia fuerza. El radicalismo venía un poco golpeado por el proceso electoral y la hiper, y estaba como sin fuerza frente a esa situación. Nosotros nos sentíamos respaldados por nuestra historia y por el pensamiento de nuestro movimiento. La CGT estaba aturdida también en ese momento, había muchas contradicciones internas. Fuimos a hablar con Saúl Ubaldini y nos recibió muy bien, me acuerdo. También con mi padre, Antonio Cafiero, nos recibió bien también. Pero se sentían inermes y confundidos frente a estos datos que nosotros encontrábamos como indicadores de que venía un movimiento realmente distinto al que nosotros habíamos pensado toda la vida. También estuvimos con Eduardo Menem, fue un caballero, nos explicó, y también él cuando vió el tema de la cifra, nos dijo que debía ser un error. Efectivamente, después hubo correcciones sobre esa cifra, pero ya se había generado el hecho y un eco en la sociedad, primero de un gran rechazo hacia nosotros, al Grupo de los Ocho, porque se lo visualizó de entrada como un grupo que no acompañaba un proceso en el cual una mayoría de argentinos había depositado mucha confianza. Entonces éramos como mal vistos en ese momento dentro de nuestra propia fila, dentro del peronismo. Nos decían: “Ésto hay que aceptarlo, el presidente Menem no tenía otras opciones”. Cuando vino lo de los indultos, ya acompañaron un poco más en las ideas porque tampoco se sentían muy seguros con respecto al destino de esa política. Así después empezaron a separarse las posiciones y nosotros nos sentíamos más ajenos a todo lo que se hacía. A veces, muy a pesar nuestro, porque teníamos toda una vida de militancia dentro del partido. Y Chacho Álvarez que era un poco el referente, indiscutiblemente un hombre que era un pensador, un intelectual dentro del justicialismo. Ahí fuimos conociendo otras variables y conectándonos con otras formas de pensamiento nacional, siempre dentro del pensamiento nacional, variables del radicalismo, o de la democracia cristiana, nuevas formaciones sindicales, de cero se empezó a trabajar.

Para un militante justicialista, ¿en qué momento se hace el “click” de decir “puedo armar una nueva fuerza” parecida o conservando algunos ideales prescindiendo del peronismo? Vos decías: “Nos veían como los malos de la película porque estábamos frenando el avance, el progreso o la recuperación”. ¿Cómo lo trabajabas internamente?

Nos habíamos convertido en los que marcaban los errores del gobierno. Éramos una fuerza bastante impeditiva. Si había que ir a hacer quorum no íbamos. Lo que nunca habíamos pensado, de buenas a primeras nos convertimos en una fuerza que obstruía. Nos dábamos cuenta de que esa obstrucción nos generaba un costo fenomenal, pero no teníamos otra forma de ejercerlo. Y después ¿por qué hicimos otros partidos? Por nuestras convicciones democráticas. ¿Cómo íbamos a participar de procesos electorales y convocar a los ciudadanos y ciudadanas a participar de algo que era un movimiento que no iba a proyectarse en la vida democrática? Por lo tanto, empezamos construyendo de a poco formulaciones partidarias en todas las provincias, tuvimos un partido a nivel nacional. El primero se llamó Partido de la Democracia y Justicia Social en la provincia de Buenos Aires. Luego todas esas formaciones con agrupamientos de izquierda, el Partido Intransigente, el ex Partido Comunista, gente que venía de partidos significativos y que tenían una historia. Estuvimos con Oscar Alende, lo fuimos a ver al doctor Duhalde. No es que nosotros decidimos de manera simple, hicimos todas las consultas en todo el espectro político sobre si alguien estaba de acuerdo. Nosotros no queríamos ser jefes de nada, no nos sentíamos en capacidad de adquirir esa dimensión, entonces buscábamos en los jefes más reconocidos de

la sociedad. Pensábamos en aquellos que podían pensar igual que nosotros, pero que tenían mayor peso político. Nosotros no teníamos ningún peso político. La gente no quería sacarse fotos con nosotros, se cruzaban de vereda. Muchos diputados y compañeros con los que uno había tenido mucha militancia nos decían que no.

¿Ustedes percibieron una demanda social en algún grupo donde existía gente que no era radical pero criticaba al peronismo?

Sí, con el tiempo fuimos tomando consciencia de eso. Después hubo grandes incorporaciones: Carlos Auyero, Graciela Fernández Meijide. Del Partido Intransigente compañeros pero no Alende, porque él había hecho un acuerdo con Duhalde en la provincia entonces se quedó un poco ahí aunque compartía nuestras posiciones. En un primer momento estuvo todo ese partido, fue un valor muy importante porque era una estructura en todo el país. Después empezaron disidencias del peronismo en cada una de las provincias, muy chiquitas, muy incipientes y empezaron a tomar contacto con nosotros, se armó una red, se formaron grupos de economistas, sociólogos. Empezamos hasta a intervenir en las elecciones internas de las universidades y facultades, presentamos listas en Sociales y aquí y allá. Empezó a crecer eso que después derivó, cuando se incorpora Pino Solanas, un dirigente muy importante, ya armamos lo que era el Frente Grande.

¿Cómo te afectó en ese período la relación con tu padre?

No me afectó para nada porque mi padre comprendía totalmente que no teníamos otro espacio para llevar nuestras ideas que no fuera en paralelo. Él pensaba: “ En algún momento vamos a estar todos juntos, ésto va a terminar en una confluencia política y ustedes van a sentir que este tiempo que van a estar en el desierto, tiene un final. Pero bueno, háganlo”. Nosotros lo hicimos hasta un punto.

¿Y cómo le afectó a tu padre dentro del peronismo que su hijo petardea a Menem, cuando él había tenido una interna con Menem? ¿Cómo era esa lectura general de los Cafiero haciéndole lío a Menem?

No, de ninguna manera. Mi padre fue un hombre siempre muy disciplinado y verticalista dentro del partido. Era reconocido por esa lealtad partidaria. Nosotros entendíamos la lealtad desde otro ángulo. No veíamos que pasara por ahí el sentido de pertenencia y lealtad. Tenía que pasar más que por la dirección partidaria, por las ideas y convicciones y las pruebas que empezaban a parecer sobre que este era un fenómeno social no sólo en la Argentina sino un liberalismo en el mundo, que se había instalado esta idea. Nosotros empezamos a tomar contacto con otras formaciones. Las que se llamaban en América Latina “Foro San Pablo”. Estaba el PT de Lula, una expresión parecida a la nuestra, el Frente Amplio Uruguayo, el Partido Comunista de Chile, el PRD de México. Después fueron todos gobierno. Después terminamos en la Alianza, básicamente radicalismo y FREPASO. Frente Grande, se va al FREPASO con la incorporación de Octavio Bordón, un dirigente importantísimo. Vamos con la fórmula Bordón - Álvarez, Menem gana muy bien la elección esa, sin necesidad de ir al balotaje. Después se buscó la confluencia hacia el '97 como experiencia previa y hacia el '99 con una democracia interna ya mucho más consolidada en todo el espacio.

En medio de todo eso, estuvo la Constituyente. ¿Cómo fue para ustedes el resultado de la elección del 10 de abril? ¿Cómo les impacta en la autopercepción que tenía el Frente Grande, cuando ganan en Capital Federal?

Nosotros ganamos en dos distritos: en Capital Federal y en Neuquén con Jaime de Nevares. Dos triunfos muy buenos y en la provincia obtenemos el segundo lugar, así que fueron las dos muy buenas elecciones.

Y llegan a la Convención como la verdadera oposición al Pacto de Olivos, porque el partido más grande opositor era parte del Pacto.

Claro, el radicalismo era parte del Pacto de Olivos, en lo que se mostraba como pacto. Después tuvo otros subpactos, que fueron más de análisis en la Constituyente. Figuras que hicieron al armado de un modelo institucional diferente en la Argentina, que se sabía que no iban a tener impacto inmediato como era sí el caso de la reelección y sí la incorporación del tercer senador, que esos eran los caballitos de batalla con los cuales tanto el justicialismo como el radicalismo convocaban a sus propias bases o su militancia, sino que aparecieron otras figuras. En eso el pensamiento de Alfonsín fue mucho más estratégico de lo que nosotros suponíamos que iba a tener, el pensamiento del justicialismo, incluso el de Menem también fue mucho más estratégico. Es decir, que tuvimos un error de cálculo nosotros. No al oponernos, porque hoy también nos opondríamos a un pacto de esa naturaleza cuando se tocan aspectos constitucionales. Sino que, viendo esas otras posibilidades de lograr consensos, nosotros tuvimos una suerte de juicio muy anticipado de cuáles eran las intenciones de la cabeza del Pacto, que eran Menem y Alfonsín. Evidentemente ambos tenían una mirada del país sobre la cual nosotros también podíamos en algunos puntos coincidir con ellos, y nos dimos cuenta en la Convención Constituyente que eso era posible. Fue un ejercicio democrático y un ejercicio reflexivo por parte nuestro, autocrítico. Sobre esa base nos dimos cuenta de que algunas cosas teníamos que profundizar y madurar como dirigentes políticos y ver. Aprendimos muchísimo en esa constituyente, hicimos nuestro aporte, aprendimos, supimos perder muchas votaciones y ganar otras, de artículos.

¿En qué comisiones estabas Juan Pablo?

Yo presidí la Comisión de Tratados Internacionales. Después estuve en la Comisión de Redacción.

En la de Tratados, fue uno de los temas que sobresalieron de la Constituyente la incorporación de Tratados Internacionales a la Constitución. En la discusión de la comisión, ¿fue un tema álgido o el consenso se consiguió rápidamente?

En la comisión tuvimos mucho trabajo porque hubo distintas miradas sobre qué es lo que se debería hacer. El tema de los Tratados Internacionales estaba en la Ley de convocatoria y, por una distribución que en todo cuerpo colegiado se hace, nos tocaba a nosotros, que éramos la tercera fuerza, presidir esa comisión. Me designan a mí para que la integre. Ahí se produjo una suerte de autonomía que nos permitió ser más creativos de lo que se esperaba del resultado de la nueva Constitución. Esa creatividad estuvo fundada en ver que en ese proceso de globalización que se veía en el mundo, también la había en materia de Derechos Humanos, no sólo en los individuales sino se incorporaban derechos sociales, culturales, de medio ambiente, a la protección de los datos personales. Un montón de temáticas que eran todas de reciente creación. Si bien pusimos declaraciones universales de derechos humanos que eran del año 48 como precedente y que habían tenido el apoyo del justicialismo en su política exterior, estaba gobernando el peronismo del '46 hasta el '55. Algunas de esas declaraciones tenían esa impronta de haber sido aprobadas por los primeros gobiernos justicialistas y no haber podido ser derogadas por los gobiernos dictatoriales, haber podido eludir esos compromisos internacionales. Ya nuestra doctrina en los tribunales le estaba dando cada vez más trascendencia a esos pactos

internacionales. Entonces cuando me tocó esta comisión, tuve una charla muy interesante con el doctor Bidart Campos, que fue muy significativa para mí. Primero porque yo lo conocía como un estudiante y él era un profesor de excelencia. En el encuentro con él le dije: “Mire, vamos a trabajar este tema, ¿a usted qué le parece?”. Empezamos a ver y él tenía cosas escritas, artículos, muy interesantes, sobre todo de los pactos civiles, sociales y culturales que dependían de Naciones Unidas. Y cuando nos metimos con eso, surgieron voces que decían: “¿Por qué no constitucionalizan la carta de las Naciones Unidas?. Yo les dije a quienes proponían eso: “La carta de Naciones Unidas, tiene un consejo de seguridad dominado por las grandes potencias donde la Argentina no es parte. No puede integrar nuestra Constitución Nacional algo que la Argentina no es parte ni puede decidir. Sería contrario a nuestro principio de soberanía. Nosotros no queremos convertirnos en una colonia jurídica. No somos el coloniaje jurídico, no lo vamos a convalidar. Sí vamos a convalidar instituciones prestigiosas que tienen una historia hacia el interior de la República Argentina. La Convención Interamericana de los Derechos Humanos, es decir, el Pacto de San José de Costa Rica, hay que incorporarlo. La Convención sobre los Derechos del Niño, la presencia argentina en su comité. Así, una por una.

O sea, que la decisión de qué pactos incorporar se define en la comisión, no venía en la ley. Ahí es donde hablás de la “creatividad” de qué elegir y qué no.

Claro, se define en la comisión. Y sí, elegimos un sistema que era la posibilidad en el futuro de constitucionalizar nuevos tratados, cuando fueran destinados a derechos humanos. No todo tratado, no comerciales. Sí, hicimos una diferenciación, entre tratados dentro de América Latina, para proyectar con más fuerza el MERCOSUR, y en ese momento ya se hablaba de futuros tratados con la Unión Europea, en fin. El acuerdo de Menem de ser una fuerza de ser extra OTAN y participar de guerras, que nosotros no lo íbamos a poner dentro de la Constitución. Eso no lo iba a votar ni siquiera el propio justicialismo, eso no lo votaba nadie, nadie lo propuso tampoco. Digo, desde el punto de vista de la imaginación creativa tenía los límites de la constitución y de la soberanía argentina que para nosotros era importante. Por eso, nuestra comisión, a un pedido que nos hace el entonces constituyente Eduardo Menem, incorporamos la cláusula transitoria sobre la soberanía en las Islas Malvinas. Eso fue a pedido de nuestra comisión, pero no una iniciativa de Cafiero, sino de Eduardo Menem, a él hay que reconocérsela. Por eso yo hablaba de subpactos que después mostraron un gran valor estratégico. La paridad, el artículo que habla de la igualdad de oportunidades, yo lo presento, pero en realidad me lo trae la constituyente Claudia Bello como propuesta. La autora intelectual es ella. Después yo tuve un buen diálogo con Alfonsín, como otros convencionales constituyentes del radicalismo o del justicialismo, como Carlos Corach o Rodolfo Barra, que tenían una suerte de control de esa situación. Con Alberto Pierri, Eduardo Menem. Se generó un buen diálogo. Para el Frente Grande era todo eso muy novedoso, porque nos veían como que éramos la fuerza disruptiva y nada más que eso. Uno puede ser disruptivo si está creando otra cosa, no como pasa ahora que lo hay tiene del otro lado un precipicio. Disruptivo es con propuesta.

¿La incorporación de pactos estaba imitando alguna otra constitución o era algo novedoso?

Fue una creación totalmente argentina. Después nos llamaron de otros países para ver cómo era el tema. Fue netamente argentina.

¿Te tocó ir a otros países a contar la experiencia argentina?

No, yo no.

¿Sabés qué países imitaron a la argentina?

No, preguntaban. Perú quiso hacer una cosa parecida pero después no tuvieron el consenso. Después sí, otros países han incorporado tratados a sus modelos constitucionales.

Hay una anécdota de la Constituyente como por ejemplo un cruce entre tu padre y Carlos Auyero en donde estaba hablando Auyero, pide la palabra Cafiero y preguntan: “¿Cuál Cafiero, el bueno o el Cafiero malo?” dependiendo de dónde venía el comentario. ¿Cómo era la convivencia con tu padre en esa Constituyente y en la conversación política?

Bien, perfecta, muy bien.

¿Nunca hubo rispideces?

No, mirá, las propuestas que mi padre hizo en la Convención fueron todas votadas por el Frente Grande. La cláusula del progreso y otras, la de la ética, que fueron impulsadas por mi padre y la comisión que él tenía para trabajar. Todas fueron votadas por el Frente Grande. Otros convencionales que tuvimos muy importantes fueron Kesselman, Zaffaroni, Aníbal Ibarra, Mary Sánchez.

Rosatti, en estas conversaciones, decía que el Frente Grande era una Selección. ¿Ustedes lo sentían así?

El grupo era competitivo en los debates, la verdad. Ramón Torres Molina, constituyente, por dios, un profesor del Derecho Constitucional de toda la vida, Adriana Puiggrós, de la educación, Viqueira, de Córdoba. De Nevares, que renunció.

¿Los golpeó mucho la renuncia de De Nevares?

Yo sabía que él iba a renunciar porque me lo había anticipado, de manera reservada. Me quedé ese fin de semana, le pregunté dónde se quedaba, me dice: “En tal lugar, ¿podremos hablar?”. Entonces le comento a Chacho que me parecía que Jaime estaba un poco... Yo me quedo ese fin de semana me quedo en Paraná, para conversar con él. Conversamos el sábado y el domingo, larguísimo. Él me contó muchas cosas de su vida, de su visión, era un hombre de una profundidad extraordinaria. Yo creo que nunca había estado con una persona de ese nivel intelectual y de esa cosa de convicción, profundísima. La palabra de él era de otro nivel. Le conté el proyecto de los tratados. Me dice: “Eso va a salir bien, va a ser muy positivo, métale con todo eso. Pero yo no me quedo, Juan Pablo, no me quedo”. Entonces él y la otra compañera de Neuquén, Edith Galarza, presentaron la renuncia. Él renunció con un discurso, entendía que quedarse y convalidar los dos puntos sobresalientes, la reelección, que era forma de convalidar un estado de cosas que él no quería ser parte, y él también era iglesia, entonces sentía como una responsabilidad muy grande, era un obispo, entonces sentía esa doble mochila que tenía, una más grande que la otra. Toda una historia personal impactante.

¿Vos ibas y venías de Buenos Aires a Paraná y Santa Fe o estabas continuamente allá?

En el último tiempo sí, cuando venían los momentos de redacción, de estar con la lapicera, trabajando, sí me quedaba más tiempo. Nos teníamos que quedar más tiempo trabajando. Estaba Aníbal Ibarra, Zaffaroni se quedaba también, que siempre era bueno hacerle consultas, también a

Pedro Kesselman, que era muy importante para nosotros. Me voy acordando de los nombres de a poco. Pero éramos un grupo importante. Diecinueve bloques hubo en la comisión de redacción. Fue muy heterogéneo.

Allá, las noches y los almuerzos, ¿a dónde iban? ¿Tenías vida nocturna, salías a comer?

No, para nada, no me gusta eso.

Una pregunta que repetimos en el podcast, tiene que ver con que durante la Convención suceden dos cosas en paralelo en Argentina. El Mundial de Fútbol y el atentado a la AMIA.

No, lo de la AMIA. Del Mundial ni me acuerdo yo. Ni cómo salió. No recuerdo el del '94. Soy futbolero, sí, socio de River.

Antes de entrar en lo de la AMIA, nos sorprende mucho que ninguno de los constituyentes con los que hablamos se acuerde del Mundial. Era el último de Maradona.

Es que estábamos absorbidos, estábamos trabajando. Sí, me acuerdo del doping, pero nada de los partidos, si los ví los habré visto después. Lo de AMIA sí, fue Julio, era un lunes, me acuerdo que estaba Jaroslavsky, estábamos con él hablando de ese tema. Todo muy respetuoso, estábamos todos impactadísimos.

Como fuerza política, el Frente Grande qué tuvo que hacer, ¿viajaron?

No, yo ya estaba desde el día anterior allá, no tenía vuelos. Había viajado por una aerolínea entrerriana. Me enteré allá y no tenía cómo salir. Chacho, Alessandro y otros se quedaron en Buenos Aires. Fue tremendo, fue una masacre.

¿Amigos que hiciste en la Constituyente y que conservaste a lo largo de los años? ¿O al venir de una familia política los conocías a casi todos?

En general los conocía a casi todos. Los que venían del lado de Bussi, de Tucumán, a esos no los conocía, no tenía registro más que saber quién era Bussi. Después, estaba también el grupo de Aldo Rico, el MODIN. No tengo gente conocida de ahí, no llegué a conocerlos. En general no participé en ningún acontecimiento social, ni durante la Constituyente ni los posteriores. Sólo estuve hace poco tiempo en un acto que hizo la revista Noticias, que se hizo en el Congreso y nos dieron un diploma a cuatro o cinco que estábamos ahí; Yoma, Rosatti, Valdés. Sí, con el gordo Valdés somos amigos. También estaba Alicia Oliveira, gran constituyente y gran compañera. Alicia me ayudó mucho en la comisión de Tratados. Tengo que mencionarte algunos más. Ponce de León que venía de Río Negro, que fue uno de los que enfrentó la oposición, que fue Adepa. Adepa fue la que más cuestionó la incorporación de los Tratados porque decía que el derecho a réplica se constitucionalizaba del derecho a réplica. Entonces decía que los lectores les iban a ocupar los partidos políticos y los diarios, tengo la nota escrita de Adepa, cuestionando.

¿Vinieron a hablarte en persona? ¿Te acordás quién fue a hablarte?

Sí, sí. Vinieron con un gran constitucionalista, Gregorio Badeni. Fue un debate muy difícil. Ponce de León fue el que me pidió a mí ser él quien les contestara porque estaban equivocados. Por supuesto, yo era presidente de la comisión y le dí la palabra a él. Habíamos sido compañeros en la facultad, en la JUP, en los años 70. Después estaba Llamosas, de Río Cuarto, que también

participó de ese debate y marcó cosas. La discusión con ADEPA fue fuerte, porque los otros organismos protestaban contra los Tratados pero no tenían la fuerza de ADEPA. Para mí fue una sorpresa, porque no entendía por qué ADEPA asume esta posición reaccionaria: "Qué raro ADEPA, bueno, vamos a escucharlos". Primero mandaron una carta muy formal, no sabía que venían así tan enojados, muy de golpear la mesa y mostrarse como fuertes, muy abroquelados. Cuando vimos que venía medio así, porque nos llegaron algunos comentarios antes, ahí fue cuando Ponce de León me dice: "Juan Pablo, dejame a mí que yo tengo muchas cosas que decir a ADEPA". También se anotaron en esa discusión unos cuantos constituyentes que no tenían una adhesión al modelo que yo te estoy hablando. Pero después de esa reunión se definieron totalmente. Escucharon a ADEPA y dijeron: "Sí, hay que ir por esto, tenías razón". Viste cuando uno reacciona de una manera que no tiene una explicación hiperracional, pero tiene una explicación de análisis.

¿Al final de todo quedaste satisfecho con la Constitución?

En algunos puntos sí, fueron importantes. Algunos quedaron consolidados. A mí la reelección nunca me gustó, la verdad. El tema del tercer senador, me gustaba un poco más, pero tampoco me llegaba a entusiasmar demasiado. Otros temas sí, como el Ombudsman o Defensor del Pueblo, pero la verdad está en desuso, porque no funciona. El Ministerio Público como un extra poder, me parecía interesantísimo ese tema. El jefe de gabinete pero tomado como había sido el acuerdo para la democracia, que había hecho Alfonsín con Carlos Nino a la cabeza, esa figura de jefe de gabinete me gustaba a mí. Quedó esta otra, es más difícil esta otra, porque no tiene esa función. Después el tema de los recursos naturales para las provincias, eso fue importantísimo, lo vemos hoy. Por eso te digo, hay subpactos que treinta años después estamos viendo los beneficios. Hubo dirigentes provinciales que hay que sacarse el sombrero, Marín de La Pampa, que fue uno de los que vio ese tema. Gildo Insfrán, Romero en Salta, aunque hoy no tenga la vigencia que tenía en ese momento. Hubo posiciones interesantes. Y yo creo, que eso que no se vio de entrada en la superficie porque no parecía parte de la puja política, hoy se ve. Los recursos naturales en manos de las provincias fue un cambio revolucionario, y fue la Constitución del '94 la que la hizo. El Frente Grande votó a favor. Nuestras disidencias aparecieron con los temas políticos que eran más estridentes, pero en los otros, el Frente Grande no fue oposición. Al contrario, contribuyó, ayudó en la redacción, dio número. Los pueblos originarios, que trabajó mucho nuestra constituyente Elba Roulet, fue fantástico el trabajo que se hizo.

Bueno, Juan Pablo, muchísimas gracias por el tiempo.

Por favor, hasta luego.

///